

# «*La Liturgia, Opus Trinitatis.*»

**BOROBIO, D., 3. 1/3 Sígueme, Salamanca 2003, 17-25.**

## Cap. 3, 1/3

«El rito es una forma de perpetuar el acontecimiento del pasado, escándalo de su limitación histórica concreta o espacio temporal, y haciéndolo presente y actual para la comunidad que lo celebra.»

### **1. No es el hombre sino Dios el verdadero “protagonista”**

Al hablar de liturgia pensamos normalmente en la acción humana, en la ejecución del rito por parte de los ministros o agentes humanos. Pero con frecuencia nos olvidamos de que el verdadero agente, el auténtico protagonista, el centro y el contenido principal de la acción ritual le corresponde a Dios, en y como él mismo es: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Si perdemos esta referencia, si olvidamos este sentido, reducimos nuestra liturgia a una simple acción humana o social, como podría ser “liturgia” que tienen un lugar en otras reuniones o celebraciones (recepciones, parlamentos, aperturas o clausuras de eventos, aniversarios...), en las que de diversas maneras también hay: un rito de saludo y acogida, un discurso o palabra, un rito de comensalidad, una despedida. Lo original de nuestra liturgia no son tanto las formas, cuanto el contenido y misterio. No son tanto los agentes humanos, cuanto él “agente divino”. No es tanto aquello que se manifiesta y se ve, cuanto

aquello que estando presente y actuando no se ve. Todo lo que significamos, hacemos y decimos en la celebración litúrgica y sacramental no son sino formas humanas por las cuales expresamos la presencia actuante y salvadora de Dios invisible, pero misteriosamente visible a través de los signos.

## **2. Lo propio del hombre es recordar y agradecer**

Además de que, participando en la liturgia, el hombre significa y expresa esta presencia de Dios, también hace algo que es muy humano y normal: recuerda y conmemora agradecido, con palabras y gestos aquellos acontecimientos por los que Dios ha manifestado y realizado la salvación del hombre. Y es que aquellos hechos que marcan y deciden la vida del hombre, no son para olvidarlos. Necesitamos recordarlos y revivirlos, para encontrar el sentido de nuestra vida, aquello que nos identifica y estimula nuestra esperanza. Tanto en el ámbito individual y familiar, como a nivel socio y político, estas celebraciones tienen un objetivo primordial: Encontrar la propia identidad desde los acontecimientos históricos que le dieron origen y la configuración. Se trata de verdaderas celebraciones conmemorativas, en las que el encuentro, la palabra y el rito tienen un puesto primordial. Por el encuentro manifestamos una intención y deseo común que nos unifica. Por la palabra se refiere y relata lo que sucedió (narratividad) y lo que en ese momento se renueva (memorial). Y por el rito se representa simbólicamente, se dramatiza ritualmente (representación) el mismo acontecimiento, en un intento de revivirlo, traspasando las fronteras del espacio y el tiempo. El rito es una forma de

perpetuar el acontecimiento del pasado, escándalo de su limitación histórica concreta o espacio temporal, y haciéndolo presente y actual para la comunidad que lo celebra.

### **3. La liturgia e historia de la salvación**

La liturgia cristiana no es un rito aislado sin historia, sino una celebración en continuidad con otras celebraciones que a lo largo de la historia celebró la comunidad creyente tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, y la amplia historia de la Iglesia. Se comprende bien la liturgia, si la situamos con este texto, cual eslabón de continuidad de una historia de salvación, que tiene su origen en la voluntad de Dios Padre, que llega a su máxima realización en Cristo, que se continúa actualmente por el Espíritu en la Iglesia, y que anuncia y se encamina hacia su punto culminante en la escatología. Explicamos brevemente estas etapas:

- Anuncio y preparación: El plan de salvación de Dios es, como dice San Pablo, el “misterio escondido” desde la eternidad, que fue anunciado por los profetas y comenzó a cumplirse en el pueblo de Israel, pero que llegó su verdadera realización en Cristo, y ha sido dado a conocer por la predicación de los apóstoles (cf. Rom 16,25-27; Ef 3,12). La etapa de anuncio y preparación corresponde al Antiguo Testamento. Y se cumple a través de personas (Abraham, Moisés, David, los profetas, Juan Bautista...), de acontecimientos (sobre todo la liberación de Egipto, el exilio de Babilonia...), de instrucciones (como la

monarquía, el sacerdocio, la ley...), de signos (el Arca, el Templo, la Pascua...). Pero se trata de una etapa pedagógica, de preparación y anuncio, a la que los padres de la Iglesia clasifican como “sombra”, “figura”, “anticipo” de una realidad que todavía estaba por venir. En este tiempo de preparación también nos encontramos con ritos y signos que preludian y preparan nuestras celebraciones litúrgicas. Son, como dice el catecismo, “signos de alianza”, pues “el pueblo elegido recibe de Dios signos y símbolos distintivos que marcan su vida litúrgica: no son ya solamente celebraciones de ciclos cósmicos y de acontecimientos sociales, sino signos de Alianza, símbolos de las grandes acciones de Dios a favor de su pueblo. Entre estos signos litúrgicos de la antigua Alianza se puede nombrar la circuncisión, la unción y la consagración de reyes y sacerdotes, la imposición de manos, los sacrificios, y sobre todo la pascua. La Iglesia ve en estos signos una prefiguración de los sacramentos de la nueva alianza” (catecismo de la Iglesia Católica, 1150).

4

- Verdad y realización: Es la etapa que se cumple en Cristo y por Cristo. Pues sí, “Dios habló de una manera fragmentaria y de muchos modos en el pasado por medio de los profetas, en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien instruyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos” (Heb 1,1-2). Es el tiempo en el cual la palabra no solo es anuncio, se hace carne (Jn 1,12-14); El Emmanuel es en verdad “Dios con nosotros” (Mt 1,23; Is 7,14); Dios se manifiesta

plenamente en la humanidad total (2Tim 1,9-10; Tim 2,11; 3,4-7), y la salvación llega a su realización plena. Cristo es quien lleva a la plenitud las promesas de salvación de Dios para con los hombres a lo largo de toda su vida, su misión y su misterio. Pero sobre todo hay un momento culmen en que se manifiesta y realiza esta salvación: Es el de su pasión, muerte y resurrección, es el misterio pascual (Jn 19,30.4). “Cristo, el Señor, realizó esta obra de redención humana y de glorificación perfecta de Dios... principalmente por el misterio pascual de la bienaventurada pasión, de su resurrección de entre los muertos y de su gloriosa ascensión” (SC 5). Más aún, es Cristo el que usando o asumiendo los “Signos de la Antigua Alianza”, les da un sentido nuevo, que instauro la liturgia nueva: así, “realiza sus curaciones o subraya su predicación por medio de los signos materiales o signos simbólicos (cf. Jn 9,6; Mc 7,33-35; 8,22-25). Da un sentido nuevo a los hechos y a los signos de la Antigua Alianza, sobre todo al Éxodo y a la pascua (cf. Lc 9,31; 22,7-20), porque él mismo es el sentido de todos esos signos” (Catecismo de la Iglesia católica, 1151). No extraña, pues, que lo Padres hablen de Cristo como la “realidad” (no la sombra), la “verdad”, la “realización”, el “cumplimiento” de las promesas antiguas.

5

- Comunidad y actualización: Con el envío del Espíritu en Pentecostés y la Ascensión comienza el tiempo de la Iglesia, o la tercera gran etapa de la historia de la salvación. Se trata de una etapa que tiene por misión la continuidad y actualización permanente de la salvación realizada de una

vez por todas por Cristo pero que es ofrecida a todos los hombres de todas las épocas y lugares. Es ciertamente el Espíritu Santo el Agente principal, es impulsor interno que con su gracia y su poder anima y mueve a los corazones de los fieles y de los hombres para que se realice esta misión. Pero el Espíritu es el don escatológico invisible del Padre y del Señor resucitado, y necesita medios visibles y externos para cumplir esta obra. Estos medios son los hombres, y en concreto la comunidad creyente en Cristo o la Iglesia, que a través del anuncio de la palabra o predicación, del testimonio de justicia y caridad que la jerarquía y los ministerios, de la liturgia y los sacramentos, hace presente este ofrecimiento permanente de salvación para todos los hombres: “Como Cristo fue enviado por el Padre, él mismo envió también a los apóstoles, llenos del Espíritu Santo, no solo para que, al predicar el evangelio a toda criatura, anunciaran que el Hijo de Dios, con su muerte y resurrección, nos ha liberado del poder de Satanás y de la muerte y nos ha conducido al reino del padre, sino también para que realizaran la obra de salvación que anunciaban mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira en torno a la vida litúrgica” (SC 6)

6

**Siguiente: Cap 3, 2/3 La Liturgia, Opus Trinitatis.**